





UN HOMBRE SOLO



La Fea Burguesía

POESÍA

Murcia

2020

UN
HOMBRE
SOLO

**PASCUAL
GARCÍA**

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado
un ciprés (*Cupressus*) en el paraje
de El Horno en Cieza (Murcia)



“Un hombre solo”
© Pascual García, 2020
© La Fea Burguesía Ediciones, 2020
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.
www.lafeaburguesia.es

Cubierta: Cristina Morano
Maquetación: Gloria López Corbalán

Primera edición: diciembre de 2020
ISBN: 978 84 120615 0 5
Depósito legal: MU 912 2020

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Índice

Prólogo	13
---------------	----

ÚLTIMO ANOCHECER DE AGOSTO

Pecado original	19
Diario de un hombre solo	20
Nadie en el cuarto de al lado	22
Que no llegaba nadie	23
El amor no pasa nunca	25
Solo Mozart	27
Soliloquio	29
Culpa	31
Compañía	32
Desnudos pero ajenos	34
Los días iguales	36
La noche y la fiebre	38
Un lecho de piedra	40
La entrega	41
El único paraíso	43
Un hombre en estado de sitio	45
Vaticinio	47
Costumbre de domingo	48
Huir de la tristeza	50
Salvación	51

MEDIODÍA DE OCTUBRE

Fracaso postergado	55
Dulces sueños	56
El poder de las sombras	57
Viene el amor de la memoria	58
Días de lluvia	59
El amanecer del primer día	60
Brindis	61
Hacia el invierno	62
La culpa en otoño	63
Oda final	64
Sumario	65
Absolución	67
En paz	68
El buque fantasma	69
Veredicto	70
Amanecer	72
Un año	74
Ritos de la noche	76
La calle de los hombres libres	78
Placeres sencillos	79

AMANECE EN DICIEMBRE

Diciembre	83
Su perdón puro	85
Otros días	86
La última batalla	88
La casa sosegada	89
A manos llenas	91
Fe de vida	93
Salvación	94
Un viaje	95
Travesía	96
Siempre	98
Nuevo año	100
Últimos días	102
Promesa	104
Redención	106
Capitulación	107
Nacer de nuevo	109
El final	111
Regreso	112
Silba una canción	113

*Violentamente me acorrala
esta pasión de soledad*

Pere Gimferrer

*Donde tú estás el mundo
se empeña en ser invierno
y noche y lunes*

Miguel D'Ors

*No recuerdo un domingo de lluvia
besándonos en el sofá*

Pablo Alborán

PRÓLOGO

Pascual García es poeta fértil de palabra expresiva y constante. Son muchos los libros suyos que han precedido a este y su cultivo de distintos géneros literarios ha mostrado sus capacidades y con ellas ha construido una obra consolidada. Muchas veces sus libros han nacido ante todo con vocación autobiográfica. Sus memorias son sus poemas, sus ensayos, y algunos personajes de sus novelas surgieron de su propia vida. En la obra literaria toda de Pascual García hay sobre todo memoria y hay más que nada vida, existencia, convivencias y encuentros, y también hay desencuentros y soledades.

La vida en el tiempo se desarrolla día a día y aborda en este libro Pascual García una especie de diario, género literario vinculado al tiempo y a la memoria. *Un hombre solo* es el fruto de una reflexión del día a día en soledad y al mismo tiempo es también el relato del transcurso de los momentos, de las horas, de esos días que construyen este diario poético dividido en poemas que forjan estancias y secuencias de una existencia en narración continuada.

Algunos de los libros de Pascual García han mostrado la riqueza de su universo personal porque su palabra ha sido capaz de evocar una y otra vez trozos de su vida. Por eso su obra es sobre todo autobiográfica. Y lo es su poesía, que siempre ha querido recuperar mundos y escenarios y ser, ante

todo, memoria de situaciones y de tiempos que forjaron su propia naturaleza como persona y como escritor. Su palabra fértil ha hecho posible en todos los casos el milagro de ver su creación convertida en sentimiento, en memoria, en vida.

En este libro Pascual García trata de soledad. De soledad y de silencio. De soledad y de silencios. La mayor delación de la soledad la fabrica el silencio. La soledad es el silencio y el silencio solo deja sentir noche y oscuridad. Los tiempos son esenciales en este libro. Los tiempos y el tiempo. Ni voces, ni sonidos, ni ruidos, ni rumores cercanos o lejanos. El silencio puebla espacios y acentúa huecos profundos y soledades, porque nada se siente más que el silencio, ausencia de compañía, confirmación de soledad.

Pero en audiencia del sonido (aunque en algún momento suene la entrañable música de Mozart), el silencio acentúa otros sentidos y el tacto se convierte en posesión y dominio, en placer encontrado, en memoria y en compañía. La soledad recupera sensualidades retenidas y reiteradas en la memoria, y la memoria incrementa y acentúa en lo más íntimo, en las galerías interiores del alma ansiosa, sensaciones que fueron plenitud y vida y que permanecen eternas en el corazón. La soledad incita al encuentro con las más íntimas pasiones forjadas en el tiempo y existenciales siempre, desde la memoria, desde el recuerdo.

Insomnios, soliloquios y carencias dicen que es soledad. Pueblan los encuentros con el propio yo y con sus manos. Esas manos que contienen aún la memoria de lo que tocaron y retuvieron. Son hallazgos que revelan introspección y se tornan en refugio. Se refugia el poeta en sí mismo en soledad mientras evoca tiempos y gozos pasados y revive sueños imposibles entre gestos cotidianos. En ellos la compañía no es mucho más que un café, unas tostadas y mucha más soledad confirmada.

La soledad encuentra su sentido y procura su explicación en el tiempo, que tan presente se hace en este libro, en el que, como en una suerte de diario, hay horas y días, hay meses como agosto, octubre y diciembre, hay otoños e inviernos, y también veranos, y el principio de la primavera. Un amanecer, un mediodía, un anochecer. Como hay del mismo modo noches, muchas noches, y mañanas, con su despertar a la vida y la confirmación de que ahí está la existencia con su exigente continuidad. Vida transcurrida y rescatada del tiempo y del olvido. Por que la soledad también es, y muy intensamente, olvido.

La soledad más intensa, la más aguda, y la definitiva, es aquella que descubre entornos y se refugia en los objetos, en las cosas que pueblan la vida cotidiana y acompañan la soledad del solitario. Un sofá, un periódico tantas veces leído, un televisor al que no se atiende. Es la soledad del entorno, entrevista en el mutismo de los compañeros de la existencia de cada día, de la vulgar y triste reiteración de existencias repetidas: las cosas.

Pero la soledad también tiene sus fronteras que son las de la propia edad, desde el nacer al morir. Por eso no es de extrañar que en las últimas estancias de este libro se hable de nacer de nuevo y del final que es la muerte, se hable de regreso y de tiempos, mientras al fondo se escucha una enigmática canción silbada por el que no camina solo, porque lo acompaña una palabra amable y misteriosa. La vida con sus fronteras, entre sus límites, y la soledad marcando hitos y fijando perfiles.

La memoria es contante en este libro y revitaliza espacios y escenas y, a través del recuerdo, se recupera el amor poseído y el deseo incrementado en evocaciones de momentos irrepetibles, renacidos desde el sueño. El amor pobló, con sus deseos, con sus gozos, con su pasión, espacios y días, y dejó huellas que ni el tiempo ni el olvido borraron porque será

justamente la soledad la encargada de fomentar, enaltecer y fortalecer ese amor permanente. Aunque no pueda avivar la llama encendida en compañía, ahora extinguida en soledad.

Un ejercicio de eficacia considerable y de notable crudeza mental consiste, en soledad, en atribuir los recuerdos a momentos concretos y fijarlos en la memoria vinculados a días y a meses determinados, a fechas explícitas que anhelan devolver autenticidad. Los días y las noches se singularizan y los gestos indelebles se eternizan en la palabra poética de Pascual García porque tiene sobre todo vocación de recuperación, de restauración y de permanencia. Este libro multiplica en sus estancias ejercicio tan sano y saludable. Venturoso el poeta que lo ha sabido escribir con tanta autenticidad y con tan sólida cohesión.

Francisco Javier Díez de Revenga

ÚLTIMO ANOCHECER DE AGOSTO

PECADO ORIGINAL

Amó lo prohibido y castigado fue por ello
porque se pagan todos los errores,
los de la carne y los del alma, todos
con soledad y con desprecio,
y ahora, sentado en una silla en el balcón
de la casa solitaria y oscura
donde fue confinado, piensa en ella
y admite su culpa de hombre ciego
que amó lo prohibido
y entregó su paz a cambio.

DIARIO DE UN HOMBRE SOLO

Un hombre solo duerme cada noche
con su sombra, con su memoria amarga
y le duele el tiempo que ya no suena
en la tarde de septiembre mientras cae el sol
y la luz se esfuma porque las horas
han perdido la música de siempre
y los días son corderos de fuego.
Oye a los suyos en la casa, pero no hay nadie
más que su culpa de hombre y su crimen.
Se deja acompañar por el recuerdo,
come con la tristeza de la luz
caída; lee y escribe solitario,
pero a nadie le enseña sus entrañas,
pues por más que busque no encuentra a nadie,
una mesa demasiado alta y una silla
rota, un sofá gris y desvencijado,
y las manchas del suelo.

A nadie espera un hombre solo cada noche,
de modo
que cena muy pronto, se sienta solo
en su sofá de nadie
y repasa el periódico del día
que ha leído muchas veces en vano,
enciende el televisor y atiende
las imágenes sin vida que emergen
de lo oscuro del tiempo y contempla
figuras y paisajes que llegan de muy lejos,

del tiempo y la memoria, aunque ahora
ya no está ella ni los hijos, nadie
lo acompaña en su viaje al pasado cada noche
y solo él conoce la hora exacta
en que decidirá ir a dormirse
en su incómoda cama de hombre solo
hasta mañana, hasta que el alba suba
a su vieja ventana solitaria
y despierte con un soplo de luz.

NADIE EN EL CUARTO DE AL LADO

La soledad y el miedo cada día
acompañan su destierro sin gloria
porque no hay nadie en el cuarto de al lado
y las voces que escucha
están en su cabeza solo
como están los años que vivió en vano,
los errores, las disputas, los besos
que no dio y los que quiso haber dado.
La costumbre y el hastío se ocupan
ahora de su esperanza,
son iguales las horas y los panes,
las sábanas de invierno y el otoño
que amenaza con sus grises fauces de tristeza;
alguien se equivocó, pero la culpa
duerme fría cada noche en su cama
y el alba pone en orden su desdicha
como un notario guarda los papeles
que dispersó un vendaval de invierno.
Teme a la noche que le quita airada
la pequeña dulzura de estar vivo,
pues todo es silencio, todo es mentira
cuando cierra los ojos en lo oscuro
y se entrega al olvido.

QUE NO LLEGABA NUNCA

Las cosas lo rodean en silencio,
lo miran con ternura y se burlan
de su crimen, porque saben la trampa
que lo obliga a abrir los ojos al alba,
mientras llena con sus brazos abiertos
el espacio de una cama tan grande,
levantarse, desayunar sin hambre
frente a la luz de la mañana obscena,
vestirse con torpeza y en silencio,
andar en dirección a parte alguna
como un hombre perdido en la mañana,
aunque a veces encuentra unos papeles
que llenó de garabatos, de versos
sin sustancia y feliz se afana en ellos
con la esperanza de un poeta verdadero,
la palabra y el sueño te darán,
se dice, un motivo para pasar
el día y serás un hombre dichoso,
mientras buscas la música y la idea,
pero pasan las horas y sucumbe
al infortunio y la tristeza cierta
de que otra noche más cenará solo,
un libro en las manos y la memoria
de otros días frente al televisor
donde duerme a intervalos y recuerda
las felices escenas de otra casa,
los hijos y la esposa,
el hastío en la música elegante

de las sombras y el fuego permanente
en el hogar antiguo
donde huele a familia y a los años
que han pasado juntos como en un viaje.
Se marchó la música natural
del salón aburrido y la cena,
los encuentros familiares,
las sorpresas del domingo en la tarde,
gente que fue y vino y ya no existe,
las madrugadas, la noche silente,
el sueño solitario
del hombre que ha esperado
a la esposa hasta muy tarde
y se ha dormido con un libro abierto
en las manos, cansado de aguardar
el suceso del amor prometido
que no llegaba nunca.

EL AMOR NO PASA NUNCA

Tengo el amor de mi mano derecha
porque el amor no pasa nunca, dice
San Pablo, y en la mañana, turgente
me saluda mi sexo solitario,
fiel a su cita con mi mano, viejos
amigos de aventuras y amoríos
sin cuento, puntuales y solidarios,
porque la piel busca la piel caliente
y goza de su apego
y en lo oscuro se reconcilian y aman
la memoria y el fuego del pasado
como una ceremonia acostumbrada;
eso tiene estar solo tanto tiempo,
carne y espíritu acongojados
por siglos de hambre y de sequía, carne
maltratada y sin refugio en la noche
fría de diciembre y en el incendio
de aquel verano eterno,
y alma sin sosiego, porque no cumple
su razón de amor y su deseo,
porque vaga solitaria en la tarde
y pensó en amar mucho aquel invierno,
llenar las siestas de caricias dulces
y de besos húmedos, ser el amante
que había soñado ser de muy joven,
e iba descubriendo a la vez el sexo
y la palabra, la soledad vana
y la muchedumbre de tantos libros

que lo convirtieron en la criatura
de cuyo rostro no recuerda nada.
Yace ahora poseedor absoluto
de todo el lecho como un rey vencido
por el primer astro de la mañana
y vuelve fiel a su mano derecha
enamorado como el primer día.

SOLO MOZART

Entra Mozart cada día en su cuarto,
ocupa todo el espacio y le trae
la luz de la mañana nueva
con su magia y su júbilo de duende
que acompaña sus horas solitarias,
pues todo es igual y es gris y es sordo
hasta que suena su ávido violín
de dolores antiguos
y renovada dicha,
y colma el espíritu que pasea
su tristeza por pasillos vacíos
de pisos de alquiler sin alma, oscuros
como la historia del hombre enfermo
y sus libros inútiles; no sabe
que la música solo le sanará un instante
su melancólica podre, su hambre
de otros y de sí mismo,
su circular y heroica desventura,
tal vez porque eligió vivir tan solo
a pesar de tanta compañía y tanto ruido,
pero llegó la noche y la venganza
y durmió con su sombra
y solo Mozart le acompañó al alba
cada día como una ceremonia sagrada,
como el café, las palabras, los sueños
que no fueron, los besos incompletos
que le dieron pese a todo y el amor
como una enfermedad incurable

hasta que durmió solo con su sombra
y llamó a la música en la mañana
mientras subía el sol a su lugar de siempre
y estaba el café amargo y las tostadas
sabían a carbón y a noche.
Solo entonces supo que estaba solo
y era libre para elegir la música.

SOLILOQUIO

Discute a veces el hombre consigo mismo
y se dice que todos sus errores
ya pertenecen al pasado, otros
días vendrán y traerán con ellos
la fatiga, el desamor, el disgusto
del mundo que rodea su esperanza,
pero las viejas ruinas
ya han ocurrido y yacen
en el solar de la memoria,
rostros, aromas y palabras dulces
que fueron su fe cotidiana
pues creyó convencido en su verdad
y asistió después a su exterminio,
como si nunca hubiese aprendido
la lección de la vida,
a pesar de que vivió muchos días,
amó a algunas mujeres con nobleza
y leyó los viejos libros del mundo,
los que revelan el secreto de la ventura
y los otros, los que enseñan el odio,
la maldad y la muerte.
Han pasado los años por sus manos,
han curtido su gusto,
siempre el placer y el dolor estuvieron
a su lado compañeros; la muerte
lo perdonó magnánima en un tiempo
y ya lo espera atenta en otra sala,
tal vez ha perdido con el júbilo el miedo,

la edad se fue pero quedan las ganas,
la sorpresa de la luz cada día,
los deleites cotidianos, sencillos,
como el sabor del vino suave, el pan
de todas las horas, la brisa fresca
de septiembre y los atardeceres.
Y hasta es posible que vuelva el olvido
y le entregue las cenizas del tiempo,
del hogar donde ardieron para siempre
los errores y el desamor sombrío.
Mientras llega el alivio se somete
a esperar la mañana cada día
como una ofrenda natural del cielo,
casi alegre, ingrátido a veces, solo
como un hombre resignado y atento
a su eterna condena irremediable.

CULPA

Ha venido aprendiendo en este tiempo
de insomnios, soliloquios y carencias
que la dicha es tan frágil como esa luz que rompe
la oscuridad del mundo cada día
y después es torrente, un diluvio
de sol en la mañana,
aunque por un instante, al que reposa
le parece que no amanecerá
ya nunca, y que no saldrán las cosas
de su cueva nocturna,
porque la noche es su natural acomodo
y su estado la tristeza del día
tan frecuente en este invierno de sombras,
de soledad impuesta,
como un castigo que el hombre ha aceptado
porque se admite vencido y culpable,
y este es su exilio voluntario, otoño,
finales de septiembre
y en viaje hacia los páramos de enero,
cuando el frío expulsa la vida de las calles
y se recoja el hombre en su guarida
para rezar en voz muy baja un credo
pagano y descreído,
mientras la luz se fuga hacia el oeste
y traza unas palabras en un folio,
que pronuncia en voz baja
mientras llega la noche.

COMPAÑÍA

Amo la compañía de mis manos,
que me acercan los vasos a la boca,
que pulsan los lápices y las teclas
y construyen las palabras de nuevo,
las viejas penalidades del tiempo,
y acarician la seda de mi pelo.
Me detengo en su morosa costumbre
de hojear los libros y subrayar
lo que dicen tan humano y tan cerca
del corazón en el que apoyo el borde
de ese volumen donde leo a diario
el amor, la aventura y el desvelo
de criaturas de humo, de personajes
con los que sueño cada noche, solo
en la cama y en lo oscuro, mis manos
tocan las sábanas frescas y al alba
me ayudan a salir del lecho, mojan
mi rostro y saludan el día húmedo,
desayuno con ellas aplicadas
al café con leche y al pan tostado,
pasan las páginas mustias del diario,
mientras se asoma el día en las techumbres
de enfrente, cogen la cartera, abren
el coche y dirigen la marcha, encienden
la radio y ya en el aula, en la pizarra
escriben frases imaginarias, textos huecos,
donde el amor reside como un lobo
agazapado en las sombras, feroz

y salvaje, pues el fuego lo anima
y las turbulencias del alma, manos
que dan y piden cada día, avaras
del mundo entero, necesarias y únicas;
sin ellas el hombre cruza las calles,
bordea las plazas, pregunta y habla,
pero no es un hombre entero, es bruma,
y, cuando cae la tarde y la luz
se apaga, no encuentra al otro, sus manos
inertes no lo abrazan y está solo.

DESNUDOS PERO AJENOS

Se acostumbró al orden de sus manos,
a los días iguales y las horas
solitarias con ella, al vacío
de las noches, pero también al tiempo
que malgastaban vestidos, sin besos,
porque los hábitos no tienen luz
ni vemos la salida de su túnel,
son nuestra rutina y nos reconfortan
a pesar de todo, aunque nos duelan
pues no los hemos elegido, fueron
impuestos desde arriba,
cayeron del cielo, nos obligaron
a aceptar su condena,
y pasan los años y nos corroen.
Sus manos poderosas ordenaban
el mundo cada mañana, mandaban
que amaneciera tarde
y que la brisa los resucitara
en la cama que ambos compartían
desnudos pero ajenos,
y lentamente iban pasando firmes
las horas y el deseo
y la esperanza remendaba hábil
los agujeros del alma y los días.
Era ella la que ordenaba cerrar
los ojos, las ventanas al deseo,
ese hábito triste de apartar el rostro lleno
de alegría y mirar hacia el fuego

y sus cenizas; era ella quien
repartía las cartas de la noche,
retrasaba los abrazos y huía
de la luz verdadera,
porque dolía la luz, su venganza
era el silencio, las palabras vanas
que distraían del suceso inédito
de la carne, y respiraba aliviada,
segura de no sentir otras manos
sobre su piel acobardada y fría
ni otros labios sobre sus labios yertos.
Era ella la que apagaba la luz
de la mesita de noche y el sueño
sembraba su dulce desasosiego
sobre los amantes sin otro oficio
que el de la injusta costumbre del sueño.

LOS DÍAS IGUALES

Los días son sencillos, solitarios
pero llenos de luces y de sombras,
pues cada hora le trae su veredicto,
su afán y su batalla.
Puede reír de un pensamiento antiguo
o lamentar que terminara el viaje,
el largo viaje de los viejos días,
porque ha entendido que termina todo,
y sin embargo todo está al alcance
de sus manos ávidas, la tristeza
y la esperanza duermen a su lado,
y amanece distinto cada día.
Pone la mesa amplia del desayuno,
aunque solo él se siente en una silla
para mirar el sol al otro lado
y beber el café tibio del tiempo,
pero todo es sencillo y solitario;
no molestan los ruidos de la casa,
no molesta la música que pone
como una costumbre necesaria
mientras la mañana abre su pañuelo
e ilumina la tierra; ha conseguido
estar a bien con el silencio y duerme
toda la noche, no sueña, no tiene
pesadillas ni aguarda a que el deseo
quede satisfecho por el amor,
está solo y ama a todo el mundo,
saluda mientras adquiere la prensa

y va encontrándose con sus vecinos.
No está solo entonces, no necesita
de un rostro, de una voz o de una mano
y guardará para más tarde el alivio,
para cuando el crepúsculo le aceche
fiero e implacable como una alimaña,
cuando se acerquen las horas oscuras
y se aposente el miedo en sus estancias
sin calor, de improviso y sin memoria
porque el invierno merodea cerca
y él ya huele la nieve, el frío y la tristeza,
la caída de la luz, el fantasma
de la noche próxima, su lugar
junto al fuego con un libro en las manos,
pero en soledad constante, a la espera
de que la noche respete su pacto
consigo mismo y le permita el sueño,
el descanso dulce, y el olvido,
pues lo aguarda el trabajo al otro día,
otro día sencillo y solitario.

LA NOCHE Y LA FIEBRE

Y si le acucia la fiebre de noche,
se levanta solo, bebe un vaso de agua,
toma una pastilla para el dolor
y observa la noche callada y distante,
sin tristeza, como un hombre ajeno
al que ya apenas le duelen las horas,
porque ha logrado estar bien en el mundo,
reconocerse como cualquier hombre
y aceptar el dolor de la noche
que viene con sigilo y solitario,
pero que solo es un dolor cualquiera
del que todavía no morirá,
porque no es aún la última noche
ni él el primer hombre que sufre a oscuras
y piensa en ella tan lejana y sola.
El dolor es así, trae su miseria
y acongoja al hombre que se repone,
salta de la cama y busca el alivio,
contempla la luna y se sabe único,
se alegra de estar solo,
de no compartir su descubrimiento,
acabará su copa de vino acre,
porque la noche y el dolor se crecen
y él no sabe cuándo llega la luz
de la mañana, la salvación plena,
el dispendio de oxígeno tan puro
y la alegría diferente, nueva
de atender a los signos de la vida

que han vuelto de la calle y de la noche.
Tiene fresca la frente y mira
el cielo y se conoce redimido,
el miedo ya no está y nada le apura,
pues, aunque otra vez la noche aparezca
fiel a su vieja costumbre ordinaria,
y con ella la fiebre,
el dolor y el frío, otro hombre la aguarda
bajo las sábanas, recuperado
al fin del espanto, libre de males
y absuelto, tranquilo como un dios y poderoso.

UN LECHO DE PIEDRA

Hay mañanas en que la soledad
es el atisbo de un cielo luminoso
y desde la cama celebra el hombre
su lugar en el mundo,
se regocija de que nadie sepa
a qué hora se vestirá del todo,
cuándo saldrá a la calle
y en qué lugar se beberá el vino,
el primer vino del día, su premio
por la lenta tristeza que ha gastado
en palabras vanas, pues necesita
llenar las lágrimas que no ha vertido,
ejercer el insomnio que pasó
durmiendo, despreocupado, ajeno
como si nada le hubiera afectado,
salvo ese cielo azul de la mañana
al que se aferra para no ahogarse,
mientras naufraga en un lecho de piedra,
vasto como la mar y solitario
y despierta para cumplir el día
que precede a la condena que sufre
desde hace años como sufre el deseo
no correspondido, la indiferencia
atroz de la amada, su crueldad
en el origen de los besos vanos.
Pero ahora tiene ese trozo de cielo
azul para inventar el nuevo mundo
y amar como el primer día del hombre
a la mujer que no olvidó jamás.

LA ENTREGA

Ahora es su aliada la noche oscura,
entra en su refugio con fatiga,
pues fue largo el día y ha soñado
este instante de entrega en que todo
se rinde ante nosotros con devota
aceptación de vasallo y el aire
se detiene en el cuarto y en lo oscuro,
siente la presencia de un dios benigno,
del ser que lo protege desde el día
en que se quedó solo, abandonado,
pues la culpa merecía el exilio,
sin duda, y aceptó el castigo en silencio,
pero es familiar la luz, el sofá
desvencijado en el que se sienta cada noche
a ver la tele y la cama pequeña
le pertenece como una parte del ajuar
que ya no compartirá con su esposa.
Las cosas han venido hasta su espacio,
se han entregado a él, se han hecho suyas
y lo que fue de otros y de nadie
ahora son del hombre,
el aire cálido que ha empezado
a enfriarse con el otoño sabe a tierra
de septiembre y a vino,
y él ocupa su nueva casa firme,
seguro de que se quedará en ella
muchos años pues entregada está
a su rutina y ya le pertenece,

como le pertenece su culpa y su condena.
todo lo ha aceptado como una parte
de la noche, de la vida también
que trae revueltas y enfrentadas
algunas cosas, destruye esperanzas
o las pospone y no sucumbe nunca
al desagravio, al perdón infinito,
a las palabras de súplica, vende
a sus hermanos, traiciona a los suyos
y no le tiembla el pulso
porque es poderosa y nadie la juzga,
la vida, dicen ya se sabe, nada,
un puñado de azares,
que no suele acabar a nuestro gusto.

EL ÚNICO PARAÍSO

Lentamente se ha ido quedando aparte,
fueron los días, los meses, los años
y un amanecer cualquiera no había
nadie a su lado, en la cama que viene
compartiendo inexplicablemente
siempre con la persona equivocada.
No espera nada, no desea nada,
tal vez el paraíso sea eso,
despertar en paz con todas las sombras,
porque nadie te vigiló de noche
ni hurgó en tus papeles durante el sueño,
trae la madrugada el triunfo estricto
de la luz y de la vida y nadie
sabe más de ti esta mañana en fiesta;
son así los domingos pero ahora
que ya le pertenecen por entero,
son como un regalo que no merece,
y él bien lo sabe ahora que es todo suyo,
el paseo matutino, la caña
en un rincón de la plaza, su plaza,
porque ya es todo suyo,
la morosa conversación de amigos
con los que no se encontraba hace mucho,
y si lo hacía era un segundo apenas.
Ahora es dueño del tiempo y lo gasta
en cruzar las calles, trasnochar firme
y con ahínco, pues a veces la cama
es demasiado grande y solitaria

para un hombre que no ha olvidado aún
la proximidad de otro cuerpo cálido al lado.
Tiene ahora todo el tiempo y disfruta
con perderlo en vano de cualquier modo;
por las tardes se echa en su única cama
y ya solo piensa en algún futuro
en el que no espera a nadie ni desea nada.
Este es el único paraíso.

UN HOMBRE EN ESTADO DE SITIO

Un hombre en estado de sitio sueña
con ser libre, respira mientras duerme
en la soledad del lecho inhóspito.
Alza sus brazos al sueño y pide
ser perdonado un día, merecer
una tregua cualquiera, el don de un beso
verdadero, de los que llegan hondo,
hieren y nos oprimen para siempre;
a veces la muerte y la música saben más
de esa agonía que nosotros mismos,
pero a nadie podemos decir nada,
en la noche y solos nos consolamos
con las viejas humedades del tiempo,
aquellos ojos de agua o aquel fervor oscuro
nos valen para sentirnos vivos
y sabernos siempre en viaje hacia el sur,
porque es preciso romper este cerco
de los días sin nadie,
de la sentencia que hemos admitido
en silencio y cumpliremos sumisos.
No permitirán que salgamos fuera,
se dice el hombre en la penumbra ciega
del salón despoblado,
nos aguardan en los caminos, salen
de la espesura, surgen de los ríos
y se apostan en los pasos angostos,
son el enemigo que ha cercado mi casa,
pero la soledad es un capricho,

una quimera que el hombre mantiene
como se mantiene una antigua herencia
y de nada le vale ahora, ya no entrará
nadie a su casa, nadie lo saludará en su puerta
porque le han puesto precio a su sombra.

VATICINIO

La soledad del alma es un estado,
pero es también un viaje de placer,
una excursión al tiempo del olvido;
iza el hombre la bandera y aguarda
buenas noticias, palabras y gestos
albos y la esperanza de un encuentro,
pero le llenan las horas vacías
y le ilumina la sombra que cubre
la tarde y la plaza;
otra vez el tiempo es oscuro y hiede
como la carroña que depositó el verano,
y, sin embargo, hay en la esquina verde
del aire un deseo de rosa viva,
una premonición de primavera,
a pesar de noviembre y de estar solo,
y el hombre cruza la tarde de su dormitorio
y no piensa en otra cosa que en ella,
desnuda en el pasado y deseable,
desnuda y lejana como un planeta
inhabitado y sabia en su belleza
de tierra y de herrumbre pues esos años
traían el barro antiguo del miedo
y manchaban las cosas que el amor
había elegido para un futuro
seguramente venturoso, lleno
de la soledad que los cielos
prometían, pero habían creído
en las palabras dulces
y su veneno de horas y de besos
acabó con los amantes confiados.

COSTUMBRE DE DOMINGO

Un domingo es una fiesta en voz baja,
pues aunque brilla el sol como es costumbre,
para el hombre brilla solo, para él esplende
el día y huele más la calle limpia
de un domingo de octubre con sol único
y memoria gastada, aperitivo
al mediodía triste
y júbilo contenido, pues nadie
ignora que durante la comida
pensará el hombre en otras mesas llenas,
en los hijos, los abuelos, los padres
reunidos para la fiesta de otoño,
ahora que pierden los días tono
y las tardes agazapadas toman
el mando de la luz mustia, quebrada,
pero sin miedo bebe el hombre su café frío
y se encomienda a los dioses de la primavera
que han de regresar sin duda muy pronto
pese al domingo triste y refulgente
que halla el hombre cuando sale a la calle,
acompañado de su sombra, hueco,
pues no oye en la mañana la brisa
del otoño dulce y misterioso
y le sorprende el proyecto del día
en el cielo, en su propio descarrío;
anda por ocupar la calle lento
y por que lo vean este domingo
en las plazas de moda,

en las viejas avenidas del sueño,
pero no sabe estar solo, camina
y pide ayuda y prosigue desnudo,
como si imaginara que todos
conocen su mal de piedra y de noche,
que le abren paso sin gozo y atentos,
quizás saben que ha salido un domingo
y tal vez ya no vuelva entero nunca,
porque admite que no lo espera en casa
más que la luz oculta y el silencio.

HUIR DE LA TRISTEZA

Luego, las tardes de domingo eran
la venganza más dura, porque el mal
campaba a sus anchas y la derrota
traía una verdad anunciada, obvia,
pero el hombre sabía su destino
de exilio y de castigo y se encerraba
en las mazmorras del tiempo, sin miedo,
como un osado forajido que cruza el llano
entre las balas y el fuego temible,
a pecho descubierto como un centauro bello
que huyera hacia la muerte resignado;
algún reloj de la casa le recuerda lento
la llamada del otoño en la calle,
pero el hombre ha asumido que no hay nadie
y que nunca vendrán a libertarlo.
No merece otra cosa más que la tarde sucia
y lánguida de octubre, el viejo crepúsculo
sonando a fuga, a acabamiento, dulce
y podrido como la última brisa
del verano, pero merece esto
que le brinda la tarde
para que lo tome como un veneno
y no le permita el sufrimiento,
la tristeza convoca la tristeza
y nadie es más feliz al otro día.

SALVACIÓN

Se apaga la luz y se queda solo
esta primera tarde del otoño,
como si el mundo y los hombres, su gente
lo hubiesen abandonado en el tiempo
de la condena, de la culpa incierta,
en lo oscuro, sin nombre y sin pasado,
porque ya no será el mismo hombre
ni la tarde aquella una tarde antigua
del origen, cuando ávido buscaba
su sombra entre las sombras de los muertos.
Se apaga la luz, la resurrección
aguarda como el deseo de antaño
y vigila el hombre la vida bella
y útil que rodea su castigo
a pesar de todo y la templanza
que traerá la brisa
de octubre aunque se lleve el ocaso
largo del verano, echará en falta
la luz última, el resplandor postrero,
el guiño repetido del otoño,
pero tal vez no lo venza el desánimo
del todo y aguante hasta el alba
y tenga una ocasión segura al menos
de salvarse, de creer en el día
y en la noche, en la memoria falsaria
y en la música que alimenta dulce
su desgracia de ocaso,
en las flores y en las palabras llenas
del amor y de años y de certeza.
Ojalá amanezca para siempre.

